

EL CUENTO DE LA CRIADA: LA MATERNIDAD SERÁ DESEADA O NO SERÁ

THE HANDMAID'S TALE: MOTHERHOOD WILL BE DESIRED OR IT
WILL NOT BE

Fiorella Guaglianone*

Resumen

Este trabajo se propone delinear algunas entradas al problema de las imágenes de futuro feministas y neoliberales, apelando al análisis de fragmentos pertenecientes a una narrativa audiovisual: El cuento de la criada. El recorrido se orienta a identificar mecanismos de subjetivación visual y tecnologías de gobernanza afectiva, contribuyendo a la crítica feminista y queer del futurismo reproductivo, la maternidad obligatoria y el régimen político heterosexual.

1

Palabras claves: futurismo reproductivo, feminismo neoliberal, neoliberalismo

Abstract

The aim of this article is to outline some ideas regarding feminist and neoliberal images of the future by analysing fragments of an audio-visual narrative The Handmaid's Tale. Its purpose is to identify mechanisms of visual subjectivation and technologies of affective governance as a contribution to feminist and queer critiques of reproductive futurism, mandatory motherhood and the heterosexual regime.

Keywords: reproductive futurism, neoliberal feminism, neoliberalism.

* Universidad Nacional de Rosario (UNR), Argentina. fiorella.guaglianone@gmail.com

Las luchas feministas contra-hegemónicas han puesto bajo sospecha la categoría política Mujer señalando cómo esta constituye una operación de ocultamiento de las opresiones de clase, raza y sexo (hooks, 2017; Davis, 2004; Oyèwùmi, 2017; Wittig, 2006). En un sentido similar, algunos estudios queer han cuestionado la noción hegemónica de Futuro, señalándola como principio organizador de las relaciones colectivas y límite ideológico de los debates políticos (Edelman, 2014; Bersani, 1998; Halberstam, 2018). Estas apuestas teóricas y políticas habilitan preguntas interesantes para la praxis feminista anti-neoliberal: ¿qué hacen las imágenes de Futuro? ¿Cuáles son sus efectos de sentido? ¿Qué orden producen y de qué forma reproducen y distribuyen ciertos cuerpos a un lado y a otro de las fronteras de la otredad? Me propongo ensayar posibles entradas a estas preguntas, apelando al análisis de fragmentos pertenecientes a una narrativa audiovisual feminista, *El cuento de la criada* (Miller y Moss, 2017). Pretendo reparar en ellos como imágenes de futuro, identificando algunas técnicas de gobernabilidad afectiva (Ahmed, 2018) de los mecanismos de subjetivación visual (Steyerl, 2017) neoliberales, en un intento por contribuir a la crítica feminista y queer del futurismo reproductivo (Edelman, 2014), la maternidad obligatoria y el régimen político heterosexual (Wittig, 1990): realizaré una lectura de algunos aspectos de las subjetividades feministas neoliberales, tomándolas por la punta del hilo de los mecanismos de subjetivación visual desplegados alrededor de las nociones de Mujer y maternidad deseada.

Estas inquietudes toman como supuesto la profundización, en los últimos años, de una tendencia ya advertida por algunos feministas: la consolidación a escala global de un (pos)feminismo joven e individualista (Mc Robbie, 2009), neoliberal (Fraser, 2014; Fraser, Arruza, Bhattacharya, 2019) y de mercado (Mohanty, 2002, 2008) que pone en circulación categorías y reivindicaciones que fueron centrales en los feminismos ilustrados y liberales (igualdad de género, autoconciencia feminista, libertad sexual y reproductiva, empoderamiento femenino, etc.), y que son integradas hoy en las prácticas de desposesión y endeudamiento de organismos de crédito, instituciones estatales y organizaciones no gubernamentales. Inscribo estas cuestiones en el problema de las tecnologías de seducción visual y su capacidad de apelación a los códigos de emotividad e identificación capaces de propagar los valores del capitalismo neoliberal como herramientas de control, de trabajo y de filiación social.

En ese sentido, este trabajo consiste en una invitación a aproximarnos a las imágenes de futuro, no como representaciones sino como parte material de la realidad, reconociendo que las imágenes extraen información, extraen energía, extraen afecto (Steyerl, 2017). Considero necesario situar la serie distópica *El cuento de la criada* (Miller y Moss, 2017) en los debates feministas acerca de las categorías de maternidad y Mujer que la anteceden, facilitando el cumplimiento del objetivo de analizar algunos fragmentos de la serie desde una lectura que privilegie los elementos neoliberales y feministas que se condensan allí; será a través de esas herramientas conceptuales que ensayaré un análisis de los fragmentos de la serie televisiva como imágenes de futuro del feminismo (neo)liberal. Empezaré por introducir algunas conceptualizaciones que estuvieron presentes en la huelga de vientres del anarcofeminismo y repondré luego algunas categorías del lesbofeminismo francés, de los feminismos negros y de los decoloniales para, finalmente, ensayar algunas reflexiones sobre tres momentos de la serie, en una aproximación a los mecanismos de subjetivación del feminismo neoliberal

y sus imágenes, mecanismos visuales de redención moralizante y feminismo reproductivista.

Debates en torno a las categorías mujer y maternidad en los feminismos hegemónicos y contra-hegemónicos

La ambigüedad de la palabra «feminista» resume toda la situación. ¿Qué significa «feminista»? Feminismo contiene la palabra «fémina» («mujer»), y significa: alguien que lucha por las mujeres. Para muchas de nosotras, significa alguien que lucha por las mujeres como clase y por la desaparición de esta clase. Para muchas otras, esto quiere decir alguien que lucha por la mujer y por su defensa —por el mito, por tanto, y su fortalecimiento.

(Monique Wittig)

La huelga de vientres, propuesta política por excelencia del anarcofeminismo, formará parte de los repertorios de lucha feministas durante la primera mitad del siglo XX, momento de hegemonía del feminismo sufragista estadounidense e inglés, centrado en la igualdad ante la ley entre cis-varones y cis-mujeres con privilegios de raza y clase.¹ En 1929, Nelly Roussel, ante la promulgación de una ley del Estado francés contra la propaganda anticonceptiva, realizará un planteamiento que será recogido a

¹ En los centros capitalistas, las feministas sufragistas conformarán asociaciones políticas por el derecho al voto, esgrimiendo la inexistencia de diferencias naturales de capacidad entre cis-hombres y cis-mujeres blancxs (con algunas excepciones ya que apelarán a exaltar las funciones maternas como prueba de merecimiento de la condición ciudadana). La relación entre feminismos negros y sufragistas blancxs será compleja desde sus comienzos. Posicionamientos eugenésicos, racistas y segregacionistas al interior del sufragismo – inicialmente aliado del feminismo negro por las campañas de abolición de la esclavitud- irán generando una brecha aún vigente en lo que actualmente reconocemos como feminismos negros y blancos. Ángela Davis, en *Mujeres, raza y clase*, acusará a una de las pioneras del sufragismo norteamericano, Elizabeth Cady Stanton, por el contenido racista y clasista de su prédica feminista. Cady Stanton dirá, en plena campaña sufragista de las mujeres británicas y con respecto al acceso de los hombres de color al voto que:

No le entregaría mis derechos a un hombre degradado y oprimido que sería más despótico con el poder de gobernar de lo que jamás han sido nuestros gobernantes anglosajones. Si las mujeres todavía han de ser representadas por hombres, entonces mi opinión es que dejemos llevar las riendas del Estado sólo al modelo más elevado de masculinidad (Stanton, cit. en Davis, 2004, p.1990).

En las grandes marchas por el sufragio femenino, las líderes blancas del movimiento asumieron la política segregacionista, instando a las mujeres negras a caminar de forma separada.

través de la lectura de *Pravda* por Alejandra Kollontai y la hermana de Lenin, Ana Elizarova. Roussel convocará a una huelga:

La maternidad no es noble ni consciente, no es dulce ni deseada; conseguida por instinto y sufrida por necesidad, no es más que una función animal o una prueba dolorosa... Pongamos nuestras condiciones. Y si ellas no son aceptadas, hagamos lo que hacen todos los trabajadores conscientes y dignos cuando se los explota y se los maltrata: hagamos la huelga camaradas, la huelga de vientres. (Roussel, cit. en Cleminson, 2008, p. 74).

Casi treinta años antes, el anarcofeminismo latinoamericano, antagonista histórico del sufragismo ilustrado, apostaba también a la lucha contra la autoridad del Estado, el matrimonio y el capital. *La voz de la mujer* expresaba: “odiamos la autoridad porque aspiramos a ser personas humanas y no máquinas automáticas o dirigidas por la voluntad de otro, se llame autoridad, religión o cualquier nombre. Ni Dios, ni patrón, ni marido” (Bolten, 2018, p. 45). En las primeras décadas del siglo XX, Ema Goldman (2009), anarquista feminista rusa migrada a los Estados Unidos, inscribirá la maternidad en el terreno de la esclavitud y los delitos perpetrados contra las cis-mujeres proletarias: “Los poetas y los políticos cantan a la maternidad. El mayor delito perpetrado jamás contra la mujer. Nuestros moralistas lo saben, aunque persisten en defender la indiscriminada crianza de hijos” (p. 96).

Entrada la década de los sesentas y bajo la hegemonía del feminismo liberal y blanco de igualdad de oportunidades entre géneros, la esclavitud sexual del matrimonio y la maternidad obligatoria denunciada por las anarquistas obreras se constituye como un componente vital de los desarrollos teóricos de los feminismos contra-hegemónicos. Por esos años, el feminismo materialista francés logrará, con los instrumentos teóricos del marxismo, dar cuenta de la opresión de las mujeres en cuanto clase social, es decir, analizar el sexo (la existencia sexuada de mujeres y varones) como un fenómeno de clase. A diferencia de las conceptualizaciones hegemónicas de autoconciencia feminista y derechos reproductivos, pensarán el sexo como una relación social, material, concreta e histórica; una relación social de clase. En palabras de Guillaumin:

la relación en la que es la unidad material productora de fuerza de trabajo la que es poseída y no la sola fuerza de trabajo. Denominada “esclavitud” y “vasallaje” en la economía fundiaria, este tipo de relación podría ser designado bajo el término de “sexaje” en lo que respecta a la economía doméstica moderna, cuando ataña a las relaciones de clases de sexo (Guillaumin, cit. en Falquet y Curiel, 2017, p. 23).

Guillaumin, señala como la relación de poder existente entre la clase sexual de los varones y la clase sexual de las mujeres tiene como efecto ideológico “la idea de Naturaleza” que no es “una categoría empírica autónoma, sino la forma mental que toman determinadas relaciones sociales” (Guillaumin, en Falquet y Curiel, p. 23). Recuperando ese legado, las lesbofeministas radicales de las décadas posteriores, como es el caso de Monique Wittig, caracterizarán a la heterosexualidad y al patriarcado como régimen político de opresión de clase sexual. Refiriéndose a la producción teórica de Guillaumin, Wittig (2006) dirá que es a través de un enfoque materialista y feminista de la opresión de clase de las mujeres que se cuestiona la idea misma de mujer como grupo

natural “es decir, un grupo racial de un tipo especial: un grupo concebido como *natural*, un grupo considerado como materialmente específico en sus cuerpos” (p. 31). Al análisis materialista, Wittig le agrega la convicción de que lo que aquel hace por medio del razonamiento, la sociedad lesbiana lo realiza de hecho: “no sólo no existe el grupo natural mujeres, nosotras las lesbianas somos la prueba de ello” (p. 31). Así, centrará su atención en un punto fundamental de la dominación de clase sexual, la heterosexualidad, y la definirá como régimen político. Esto hará posible su aproximación al problema de la maternidad en el marco de la realización de un ejercicio de desnaturalización:

No se considera el embarazo como una producción forzada, sino como un proceso «natural», «biológico», olvidando que en nuestras sociedades la natalidad es planificada (demografía), olvidando que nosotras mismas somos programadas para producir niños, aunque es la única actividad social, «con la excepción de la guerra», que implica tanto peligro de muerte. Mientras seamos «incapaces de abandonar, por voluntad o espontáneamente, la obligación secular de procrear que las mujeres asumen como el acto creador ‘femenino’ el control sobre esa producción de niños significará mucho más que el simple control de los medios materiales de dicha producción (p. 33).

En los últimos años de la hegemonía feminista liberal y blanca, los años ochenta, las feministas negras denunciarán la dimensión racial de la dominación sexual. En estos posicionamientos políticos, los abortos autopRACTICADOS y el infanticidio, serán inscriptos en la historia de la raza, como prácticas de resistencia anti-racista a la esclavitud, primero, y a la maternidad como proveedora de trabajo esclavo, después. Sin embargo, guardarán sospechas en torno a la figura del aborto y la maternidad deseada de los derechos reproductivos de los feminismos blancos por dos motivos principales: la base eugenésica de los discursos relacionados al refinamiento de la raza blanca y el imperativo moral de reducir la prole de las mujeres pobres y racializadas. Tomaré como ejemplo las palabras de bell hooks (2017) acerca del debate feminista blanco en torno al aborto en los países del centro capitalista:

Con la perspectiva del tiempo resulta evidente que, al destacar el aborto por encima del conjunto de derechos reproductivos, se reflejaba el sesgo de clase de las mujeres que estaban al frente del movimiento (...) Las mujeres blancas con privilegios de clase se identificaron de manera más íntima con el sufrimiento de los embarazos no deseados y por ello destacaron el aborto de entre todos estos aspectos. Ellas no eran en absoluto el único grupo con necesidad de acceder al aborto legal y seguro; de hecho, tenían más posibilidades de acceder al aborto que las mujeres pobres de clase trabajadora (p. 48).

Como señalé más arriba, introduje sumariamente estas discusiones para poder marcar algunas exclusiones sobre las que se consolidan hoy elementos centrales de las imágenes de futuro del feminismo neoliberal; eso que hooks nombra como el “feminismo como estilo de vida”, una operación que se sostiene en la creencia de que existen “tantas versiones del feminismo como mujeres en el mundo” y que impone la idea de que no importa “la tendencia política de una mujer” (p. 26). En ese sentido, me

interesa señalar que la categoría de género es un componente medular de estas apuestas políticas del feminismo neoliberal. Como sostiene Oyèwùmi (2017), antropóloga feminista decolonial, su utilización a-histórica, transcultural y ontologizada oculta el origen colonial y capitalista del sexo.² Estos usos se identifican por la creencia en una serie de principios que la autora cuestiona:

1. Las categorías de género son universales y atemporales y han estado presentes en cada sociedad en todos los tiempos. Con frecuencia la idea se expresa en un tono bíblico, como si se sugiriera que en el principio fue el género.
2. El género siempre sobresale como principio organizativo fundamental de todas las sociedades. El género está por doquier en cualquier sociedad dada.
3. Hay una categoría esencial, universal, mujer, caracterizada por la uniformidad social de sus integrantes.
4. La subordinación de las mujeres es universal.
5. La categoría mujer es pre-cultural, inamovible en el tiempo histórico y el espacio cultural y antitética a otra categoría inalterable, hombre (p. 18).

² Tanto las afirmaciones citadas acerca de la colonialidad del género como su peso en las apuestas políticas neoliberales feministas derivan de una lectura sobre algunos debates contemporáneos decoloniales y queers en torno a la categoría de Mujer y de los conceptos de género y sexo. No pretende, por lo tanto, proponer un canon de voces cerrado, contradiciendo los esfuerzos de la baja teoría, sino pensar algunos aspectos de las narrativas feministas neoliberales. Siguiendo ese derrotero, introduzco las reflexiones de Oyèwùmi acerca del género, producidas en el análisis de la invasión europea a Ix̣s yorùbás. En *La invención de las mujeres* (2017), la antropóloga feminista considera importante evadir la oposición entre construccionismo social y determinismo biológico para centrarse en el análisis del sexo-género como producción colonial de diferencia jerarquizada. La oposición entre sexo y género –que en algunos casos adquiere también la forma analítica de estructura y superestructura– integra un conjunto de binarismos occidentales –material-inmaterial, biológico-cultural, natural-social– que dificultan la tarea de pensar la función del cuerpo en otras configuraciones sociales. Al decir de Oyèwùmi, “Ixs investigadores sociales siempre encuentran género cuando lo están buscando” (p. 42), en cambio, realizando una antropología feminista y decolonial de la sociedad yorùbá del suroeste de Nigeria, colonizada por los ingleses desde 1862, observa un proceso de implantación del sexo-género que le permite afirmar que la Mujer no existía antes de que la sociedad Yorùbá sostuviera contacto con Occidente. Oyèwùmi dice:

La afirmación de que la “mujer” no existía en las comunidades Yorùbá como una categoría social no debe interpretarse como una hermenéutica antimaterialista, una especie de deconstrucción postestructuralista acerca de la desintegración del cuerpo. Nada de eso –el cuerpo fue (y sigue siendo) muy material en las comunidades Yorùbá–. Pero antes de la difusión de las ideas occidentales en la cultura Yorùbá, el cuerpo no era la base de los roles sociales, ni de sus inclusiones o exclusiones, no era el fundamento de la identidad ni del pensamiento social (p. 16).

El sexo-género es materialmente (re)producido: no sólo los cuerpos intersexuales son quirúrgicamente intervenidos, sino que los principios de organización social pre-intrusión son jerarquizados o eliminados de acuerdo a la clasificación social de los sentidos que hace occidente (centralidad del cuerpo y de la vista):

La razón por la que el cuerpo ha sido tan relevante en Occidente es que el mundo se percibe ante todo por la vista. La diferenciación de los cuerpos humanos en términos de sexo, color de piel y tamaño craneal atestiguan los poderes atribuidos al “vidente”. La contemplación invita a diferenciar (...) El término “visión del mundo” que se usa en Occidente para sintetizar la lógica cultural de una sociedad, expresa adecuadamente la prerrogativa occidental de la dimensión visual (p. 39).

Es a través de la utilización blanca, ilustrada, plutócrata e institucionalista de la categoría género (*generismo*) que las luchas políticas de los feminismos son capturadas por “los temas y directrices de un feminismo eminentemente mujeril, pragmático y reformista, convertido en presa de la maquinaria estatal y su lenguaje técnico-administrativo” (flores, 2017, p. 36). Ese generismo de los feminismos hegemónicos es vital en la producción de subjetividades feministas neoliberales porque al ocultar las dimensiones de clase y raza hace circular las tecnologías de la autoempresarialidad (Brown, 2017), del proyecto de sí y del sujeto de rendimiento (Han, 2014). Propuse un recorrido por las tensiones en los debates en torno a la categoría mujer para señalar cómo los feminismos contra-hegemónicos se desafilian de la tendencia a la homogeneización de los reclamos feministas reunidos bajo la categoría Mujer. Además, intenté señalar cómo el cuestionamiento de la función reproductiva en las cis-mujeres no constituye exclusivamente una apuesta política de los feminismos (neo)liberales, sino también un reclamo históricamente orientado al cuestionamiento del patriarcal-capitalismo colonial. Quisiera indagar ahora en las imágenes de futuro, a través del concepto feminista hegemónico de maternidad deseada, tomando como foco del análisis algunos fragmentos visuales de *El cuento de la criada* (Miller y Moss, 2017), guiándome por la pregunta ¿qué futuridades³ son concebidas por el feminismo neoliberal y cómo están ligadas a la cuestión de la maternidad deseada?

Criadas, Marthas y Esposas: futuridades feministas neoliberales

Nada es más viejo que el fin del mundo. La pasión apocalíptica no ha dejado de tener, desde tiempos muy remotos, el favor de los impotentes. Ninguna organización, ni política ni religiosa, jamás se ha reconocido derrotada porque los hechos desmintieran sus profecías. Pues la meta de la profecía nunca es tener razón sobre el futuro, sino operar sobre el presente: imponer aquí y ahora la espera, la pasividad, la sumisión

7

(Comité Invisible)

En el año 2016, en protesta contra la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos, estudiantes, latinas y migrantes irrumpieron en el espacio público personificadas como las Criadas del drama distópico de Bruce Miller. Las manifestantes llevaban consigo una cita de la novela de Margaret Atwood: “nolite te bastardas carborundorum” (no dejes que los bastardos te derroten). Esta fue una de las primeras inclusiones de las esclavizadas de la gestación, creadas por Atwood y televisadas por Miller, en los repertorios de protesta feministas.⁴ Las Criadas se popularizaron con la serie televisiva de la plataforma de video bajo demanda Hulu y,

³ Con futuridades hago referencia a las imágenes de destino común, proyectos o posibilidades que hacen parte de diversos artefactos y discursos. En este trabajo, me apoyaré en la noción de futurismo reproductivo (Edelman, 2014) y su vinculación con la imaginación política hetero-normativa.

⁴ El poder de infiltración social de estas imágenes-símbolo de *El cuento de la criada* (Miller y Moss, 2017) se vinculan más con la adaptación de la novela al formato de serie de televisión que con la distopía literaria de Atwood: es a la cantidad de espectadores reunidos por la serie que se le atribuye el hecho de que la novela de Atwood multiplicara sus ventas.

paulatinamente, fueron traspasando las fronteras geográficas hasta convertirse en emblema de la lucha por los derechos reproductivos. En el verano del 2017, en Missouri, los atuendos de las Criadas fueron el emblema de la protesta del grupo Planned Parenthood contra la decisión del parlamento estatal de impedir el acceso a sus centros. En Buenos Aires, las cofias blancas y las túnicas rojas compusieron las manifestaciones políticas por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito junto a los pañuelos verdes de la campaña. Las imágenes se multiplicaron en territorios tan disímiles como Los Ángeles, San Pablo o Dublín. Tanto que, más recientemente, Kylie Jenner —la modelo e influencer del reality *Keeping up with the Kardashians*— las incluyó en una fiesta temática donde se fotografió con el disfraz para compartirlo luego en su cuenta de Instagram.

Me interesan las imágenes de esta serie por dos motivos.⁵ El primero de ellos tiene que ver con su utilidad para el análisis del neoliberalismo: han pasado alrededor de treinta años entre la obra literaria y su adaptación televisiva; si la novela de Atwood estuvo atravesada por las luchas feministas liberales y blancas de la segunda ola (en un momento incipientemente neoliberal), la serie de Miller convive con la hegemonía de un feminismo de mercado (Mohanty, 2008) que está marcado por su hipermediatización. El segundo motivo radica en que me propongo exponer algunas claves de lectura acerca de cómo las imágenes dialogan con las reivindicaciones feministas hegemónicas, con la intención de reparar en las imágenes y su circulación como condensación de las relaciones sociales, como fragmentos del mundo que participan de su constitución (Steyerl, 2017).

La serie de Miller es una distopía crítica feminista que figura un estado imaginario de la sociedad donde se sufren opresiones e injusticias, este universo está atravesado por problemas de la reproducción social. El descenso de la tasa de natalidad, la propagación de enfermedades de transmisión sexual y el crecimiento incontrolado de la contaminación ambiental son los tres factores que se plantean como causas de una gran crisis política, económica y social que es reorganizada bajo las lógicas de un totalitarismo patriarcal y religioso. Al igual que en la novela, el principio organizador del nuevo orden de la república de Gilead es un versículo bíblico:

Y viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tuvo envidia de su hermana, y dijo a Jacob: Dame hijos o me moriré. Y Jacob se enojó con Raquel, y le dijo: ¿Soy yo, en lugar de Dios, quien te niega el fruto de tu vientre? Y ella dijo: He aquí a mi sierva Bilhá; únete a ella y parirá sobre mis rodillas, y yo también tendré hijos de ella. (Génesis, 30:1-3).

En este orden totalitario-religioso, las cis-mujeres cumplen tres funciones reproductivas principales —ser trabajadoras afectivas, trabajadoras gestantes y/o trabajadoras domésticas— y son ordenadas para ello en tres clases: Esposas, Criadas y Marthas. Las Criadas son esclavizadas a través de violaciones rituales con el objetivo último de engendrar hijxs para sus amxs. Las Marthas, cis-mujeres adultas e infértiles, son obligadas a realizar las tareas de la unidad doméstica de las familias de alto rango y las Esposas están destinadas a servir a sus maridos, Comandantes de la República. Hay

⁵ La segunda temporada de la serie, de la que tomo los fragmentos mencionados, modifica y amplía el sentido de la novela.

también una cuarta clase de cis-mujeres, las Tías, cuyas tareas son represivas: trabajan como ejecutoras del terrorismo reproductivista que garantiza la gestación obligatoria en Gilead.

Propongo analizar tres momentos de la segunda temporada como imágenes de futuro, identificando una narrativa que es propia de los feminismos hegemónicos contemporáneos, el *fantasma del esencialismo* que recorre las calles del generismo neoliberal. Los fragmentos analizados son una toma aérea, una secuencia de intimidad entre la Esposa de Fred y su Criada, y el travelling de la huida de Defred. Realizaré algunos entrecruzamientos entre fragmentos visuales y fragmentos teóricos que concentran formas de politizar la(s) maternidad(es) y que pueden explicarse a partir del reconocimiento de tensiones entre feminismos hegemónicos y contra-hegemónicos. Este esfuerzo se apoya en lo que Halberstam (2018) llama, en su relectura de Hall, hacer *baja teoría*:

Podemos pensar sobre la baja teoría como un modo de accesibilidad, pero también deberíamos pensarla como una especie de modelo teórico que vuela bajo el radar, que es un ensamblaje de textos excéntricos y ejemplos y que rechaza confirmar las jerarquías del saber que mantienen arriba a la alta teoría (p. 14).

Un uso feminista de la baja teoría supone, desde esta perspectiva, una traición, una historiografía traidora frente a la amenaza de la consolidación de los estudios feministas y queer como ciencia y como relato heroico del feminismo hegemónico que oculta bajo la categoría universal Mujer, la triple relación capitalismo-colonialismo-patriarcado. Para facilitar la comprensión de la estructura narrativa de la segunda temporada, en el próximo párrafo, realizaré una síntesis de los aspectos relevantes para este análisis.

Los primeros minutos de la temporada, nos muestran un simulacro de ahorcamiento de las Criadas, una Criada embarazada aislada y esposada en un cuarto, y el brazo de otra Criada siendo quemado por una Tía. La protagonista es la Criada Defred (Elizabeth Moss). En el primer episodio comienza su huida de Gilead, cuando toma la oportunidad de escapar en la revisión médica de su embarazo. Dos de sus amigas Criadas están en Las Colonias, territorio donde las no-mujeres⁶ (cis-mujeres que no pueden gestar, o desobedientes al mandato de género) son conducidas a la muerte por el trabajo forzado sobre tierras con altos niveles de toxicidad. En flashbacks, Defred recuerda a su madre feminista y su trabajo en una clínica de abortos; a su amiga Moira, que era diseñadora web para activistas queer; añora su trabajo en la editorial y su vida familiar junto a Hannah, su hija, y Luke, su marido. Defred es intentada huir varias veces en la segunda temporada. La primera vez, es obligada a volver a la casa Waterford. Luego de unos días, sufre una hemorragia. Al despertar en el hospital, descubre que no

⁶ Estos personajes probablemente constituyan una referencia al concepto feminista negro de un-women. Es un concepto de larga tradición, cuyos orígenes podrían situarse en la pregunta de Sojourner Truth, una esclava emancipada, en 1851, durante una convención anti-esclavista: *¿acaso no soy yo una mujer?* (Jabardo, 2012). Para Hazel Carby (1987), las negras fueron significadas racial y sexualmente como hembras, no como esposas ni como madres, dentro de una institución específica, la esclavitud, que las excluía de la circulación de signos perteneciente al sistema del matrimonio.

había tenido un aborto y le promete a la niña en gestación salvarle de Gilead. En la casa Waterford, es violada en los brazos de la Esposa Serena por el Comandante, bajo el objetivo común de inducir el parto. Logra escapar nuevamente en el episodio 11, después de haber visto y abrazado a su hija Hannah, también cautiva en Gilead. Este texto, se detendrá en tres momentos de la temporada: un funeral al que asisten las Criadas, la segunda huida de Defred y su desenlace.

Temporada 2, episodio 7 “After”: el ojo de Dios y la nueva normalidad visual

En este episodio, las Criadas, de luto, van al funeral de sus compañeras muertas en un atentado. Mientras interrogan a Defred, los Ojos⁷ matan Marthas por las calles. En Little America,⁸ mencionan los nombres de las Criadas muertas en el atentado. En el episodio anterior, la Criada Deglen se inmoló para asesinar a los Comandantes presentes en la inauguración del centro: con una granada en la mano intentó vengarse, por un lado, de los años de cautiverio de las Criadas de Gilead y por otro, de la amputación de su lengua, ocurrida como castigo por haberse manifestado en contra de la lapidación a otra Criada.

La toma aérea captura a las Criadas, puntos negros —enlutados— que caminan entre los árboles y la nieve de Gilead. Están participando, bajo el control de Tías y Ojos, de un acto público en memoria de las víctimas del atentado contra el centro de procesamiento de Criadas Rachel and Lea. Pensando este recurso como parte del giro espacial y visual neoliberal, cuya tecnología es el dron, podemos ver cómo esto se vincula con la fragilización de las feminizadas y el ocultamiento de sus resistencias. Como describe Chamayou (2016):

El ojo de Dios abarca con su mirada dominante la totalidad del mundo. Su visión es más que una visión, ya que puede sondear, detrás de la piel de los fenómenos, los riñones y los corazones. Nada le es opaco porque es eterna, abarca todo el tiempo, pasado y futuro. Su saber, en fin, es más que un saber. A la omnisciencia le corresponde la omnipotencia. De alguna manera, el dron sueña materializar, a través de la tecnología, un pequeño equivalente de esta ficción del ojo de Dios (p. 42).

La mirada desde lo alto es un criterio de observación e intervención sobre espacios y grupos sociales que transfieren las arquitecturas algorítmicas de la guerra, desdibujando la capacidad de las retratadas de (re)elaborar alianzas y resistencias. Así, vemos moverse a las Criadas mientras suena una canción de Iris Dement (1994):

Mi vida no cuenta para nada,
Cuando miro este mundo
Me siento tan pequeña
Mi vida es solo una temporada
Un septiembre pasajero
Que nadie recordará.

⁷ Policía secreta que vigila a la población en general en busca de signos de rebelión o cuestionamiento al orden social de la República de Gilead.

⁸ Little America es un barrio canadiense de refugiados que lograron escapar del territorio estadounidense convertido en Gilead.

¿Quién es espectadorx “desde arriba” de la marcha de las Criadas? Este mecanismo visual requiere una mirada descorporeizada, militarística, macroscópica y microscópica, por control remoto, propia de unx observadorx distanciadx y omnisciente. Siguiendo a Steyerl (2017), “así como la perspectiva lineal producía un observador estable y un horizonte imaginarios, la perspectiva arriba-abajo produce un observador flotante y un piso estables imaginarios” (p. 27). Como tecnología visual, la toma aérea, trabaja en el sentido de moldear “una nueva subjetividad cuidadosamente incorporada en las tecnologías de vigilancia y en las formas de distracción basadas en las pantallas” (p. 27), pero, además, exagera la distinción (occidental) entre sujeto y objeto convirtiéndola en “la mirada de los superiores sobre los inferiores, una forma de mirar desde arriba hacia abajo” (p. 27). Steyerl se pregunta: “¿Pueden las vistas aéreas, las perspectivas de los drones y las caídas en picados sustituir las miradas de los hombres blancos muertos, una visión del mundo que ha perdido su vitalidad, aunque persiste como una herramienta no-muerta y poderosa para vigilar y controlar la reproducción?” (p. 28).

La asociación totalitarismo-aislamiento, propia de las teorías políticas occidentales, encuentra en la toma aérea de Miller un modo de reforzamiento visual muy caro a las lógicas de producción de las subjetividades neoliberales; las Criadas conforman una imagen de lo colectivo casi exclusivamente mediante aquello que Farocki (2013) identifica como imágenes cinematográficas de la guerra, en ellas coinciden “las tácticas de guerra y las tácticas de producción de información” (p. 162) porque a tantos metros de distancia cualquier individuo es un punto. A través de la toma aérea, Miller quiere hacer suyas las prédicas anti-totalitarias: retratar la vulnerabilidad de las minorías al gobierno del terror y al aislamiento. Aquellos regímenes del siglo XX, vueltos imagen de futuro distópico, lanzan una advertencia sobre los devenires totalitarios de las desigualdades de género. ¿Qué sucedería si el fanatismo religioso tomase la forma de un régimen totalitario basado en la organización de la reproducción en torno al útero? Su imagen de futuro se asienta en una impugnación a esas lógicas patriarcales tradicionalistas: *las mujeres son algo más*. Es en ese punto donde la mirada “desde arriba” se expresa en los términos de las subjetividades feministas neoliberales: una Mujer debe tener un *proyecto de vida* (Han, 2014). La self-made woman, el mito del feminismo neoliberal, combina la exhortación neoliberal a producirse a sí mismx con la exaltación de mercado de las virtudes del género femenino: introduce en la retórica de la producción de sí la invitación a perfeccionar y a capitalizar esas habilidades en el sentido del crecimiento individual. En esos credos, el *girl power* reside en la capacidad de combinar y equilibrar la inteligencia con las emociones, el trabajo con la familia, la autonomía con la dependencia, el espacio público con el privado. El imperativo neoliberal de auto-producirse se monta sobre la obligación histórica de garantizar la reproducción social. A través del dron, Miller trabaja sobre el terror que provoca en las subjetividades feministas neoliberalizadas la amenaza de ser sólo un punto en la nieve, igualado por su útero a cualquier otro punto en la nieve. Es en un sentido moralizante que recrea la guerra, los horrores de Auschwitz, las marchas de la muerte. Ser algo más que trabajadora de la reproducción es un imperativo recurrente de la coerción neoliberal que arrastra a las cis-mujeres a una zona difusa de hiperproducción capitalista. Las formaciones contingentes de la hiperproducción difieren de la de los campos de trabajo forzado asemejándose más a una combinación

opaca de guerras de baja intensidad⁹ (Falquet, 2014, 2017, 2018), hiperconsumo, auto-explotación y auto-vigilancia.

Temporada 2, episodio 8 “Women’s Work”: tener unx hijx, escribir un libro

La escena está protagonizada por la Criada Defred (June) y Serena, la Esposa del comandante Fred Waterford. Ambas, ante la ausencia del amo de la casa, se encuentran en su espacio de trabajo (escritorio, biblioteca, oficina). Este espacio está prohibido para las mujeres de la casa. En Gilead, las cis-mujeres (Criadas, Marthas, Esposas o Tías) no deben leer ni escribir; la pena correspondiente es la amputación de un dedo. El pacto entre Serena y Defred, que marcará el curso de la historia, se sella en una transgresión: Serena escribe, Defred lee y corrige. En la imagen de intimidad que recrea Miller, se cuele el proyecto de emancipación feminista blanca liberal e ilustrada: el cuarto propio, la vindicación de los derechos de la mujer, Olympia de Gouges. Tanto en los feminismos liberales como en los mecanismos de subjetivación visual del feminismo neoliberal, una de las oposiciones estructurantes es la de la reproducción como función biológica vs. el trabajo intelectual como fenómeno cultural. Esta oposición hace que el horizonte de emancipación esté teñido por los mandatos de intelectualizar las tareas de maternaje y de irrumpir en el espacio público del conocimiento masculinizado. Como las sufragistas inglesas y estadounidenses, Serena y Defred desean educación igualitaria para poder desarrollar una labor profesional que equipare las condiciones de trabajo de las cis-mujeres, y padecen lo que Betty Friedan (1984) identificó como el peso somático de la reclusión a la esfera doméstica de las cis-mujeres casadas y madres, *el problema que no tiene nombre*.

El mito es, en estas narrativas, no el del universalismo Mujer sino el de la feminidad reclusa al espacio doméstico, el de las imputaciones culturales vertidas sobre el sexo femenino biológicamente existente. Esa construcción social desindividualizante que impide el reconocimiento de iguales derechos, que excluye a las mujeres del universo político y las inferioriza, impidiéndoles el acceso a la educación formal y a la independencia económica. Como vimos al comienzo, en el contexto histórico de producción de la obra de Friedan, las feministas negras orientaron sus esfuerzos a marcar el carácter singular de la experiencia blanca, cis y heterosexual de reclusión en el espacio doméstico:

Mientras ellas se quejaban de los peligros de estar encerradas en el hogar, la mayoría de las mujeres ya formaban parte de la mano de obra del país. Muchas de estas mujeres, que en el ámbito laboral trabajaban largas jornadas por salarios escasos además de tener que hacer todo el trabajo doméstico en sus hogares, habrían visto el derecho a quedarse en casa como una libertad (hooks, 2010, p. 61).

⁹ Esto sostiene Falquet (2014, 2017, 2018), cuando señala que el capitalismo neoliberal se desarrolla en el marco de una guerra capitalista contra las feminizadas sin privilegios de raza o clase: la reorganización neoliberal de la violencia articula economías legales e ilegales, producción en zonas fronterizas e implementación de proyectos extractivistas ejerciendo sobre el cuerpo de las feminizadas pobres una violencia ejemplificadora donde la mano de obra es disciplinada a través de la proliferación de violaciones y feminicidios sexuales.

En la tradición de Mary Wollstonecraft, de fines del siglo XVIII, en la de Friedan en los sesentas, Miller nos ofrece ese anhelo liberal de triunfo de la razón, educación igualitaria y homogeneización del feminismo: la cámara retrata cómo la Criada sonrío luego de escuchar la confesión de la Esposa sobre lo mucho que detesta tejer, luego se posa en la mueca agradecida de la Esposa cuando Defred le dice que es una buena escritora, después en cómo Serena le promete a la Criada no olvidar su ayuda. Así, en la producción visual de estas emociones se refuerza la jerarquía social, recreando los binarismos sexo-generizados razón-emoción, público-privado; se (re)produce una jerarquización entre emociones elevadas/refinadas y emociones bajas que son señales de debilidad. Con respecto a esas operaciones, Sara Ahmed (2015) señala que, en el neoliberalismo, estas adquieren la forma específica del modelo de la inteligencia emocional: “en la cultura contemporánea, las emociones incluso se pueden representar como buenas o mejores que el pensamiento, pero solo mientras se representen como una forma de inteligencia, como herramientas que pueden ser usadas por los sujetos en su proyecto de vida y mejoramiento laboral” (p. 23).

Sentir lo apropiado es un aspecto clave del gobierno neoliberal de las conductas: en las tecnologías de la autoempresarialidad (Brown, 2017) y del proyecto de sí (Han, 2014), sensaciones, afectos y emociones son reducidas a herramientas que pueden ser usadas por un *sujeto de rendimiento* en los límites de su *proyecto de vida* (Han, 2014). Es en ese sentido que me interesa señalar cómo “las emociones están entreveradas con el afianzamiento de la jerarquía social” (Ahmed, 2015, p. 23). Si el proyecto ilustrado feminista blanco negaba la emoción como componente del comportamiento ideal, social e individual, y depositaba su fe en el progreso de la razón; y si para las feministas liberales blancas de los sesentas, como Friedan, “el malestar que no tiene nombre” era producto de la construcción social de la mujer como ser sin-razón relegada al espacio privado, el feminismo neoliberal profesa la gestión (inteligente) de las emociones integrándolo al mito del igualitarismo de género capitalista. La Criada de Miller se inscribe en la historia de las sufragistas inglesas y estadounidenses, cree en la educación igualitaria como medio para ingresar al espacio público masculinizado y, al mismo tiempo, es una subjetividad autoempresarial. Miller lo explicita: “Uno siempre quiere contar historias en las que las decisiones de un solo individuo pueden tener efectos (...) Y como en los mundos distópicos todo está reducido a lo más básico, esas decisiones son más sencillas” (Miller, cit. en Itkoff, 2020). La Esposa y la Criada creen en la razón (emocional) y en el derecho individual como indicadores de Progreso y Futuro. Sus diferencias radican en que, en una situación excepcional, la primera los subordinó a la reproducción de la especie: ante la infertilidad generalizada, Serena pensó que unos pasos atrás de la Mujer (categoría universal) eran un gran paso adelante para la Humanidad. Defred, en cambio, cree en la libre elección de la maternidad como promesa de Futuro. El pacto entre una beneficiaria del régimen de explotación y la gestante cautiva que marcan el desenvolvimiento de la trama, se produce sobre lo que ambas tienen en común: la convicción de que la Mujer debe poner su intelecto y su cuerpo al servicio de la reproducción de la especie.

Temporada 2, episodio 11 “Holly”: la llamada de la Naturaleza. El episodio se inicia con un plano detalle de la mirada de Defred, luego la cámara se aleja y realiza un

travelling frontal y después un plano dorsal: retratan la huida entre la nieve de la Criada embarazada. Defred corre, tratando de cumplir la promesa que le hizo a la niña por venir en el episodio anterior: “no crecerás aquí, te lo prometo” (Miller y Moss, 2017). Las imágenes de gestos de dolor, temor y agotamiento físico son alternadas con tomas de la mano de la Criada acariciando su panza. El intento de fuga es interrumpido, por primera vez, cuando la naturaleza se manifiesta en la presencia amenazante de una loba que obliga a Defred a refugiarse en una casa deshabitada. Luego, la huida es impedida, por segunda vez, por la llamada de la Naturaleza (femenina), reproducirse. La Criada rompe bolsa en la casa, guarida, y comienza su trabajo de parto al calor de un hogar a leña. Allí recuerda a su madre feminista, Holly, y con ella, a toda una historia de maternidad deseada que incluye el alquiler del vientre de su amiga negra y el nacimiento de su primera hija. El recuerdo de los dos hechos le trae a Defred emociones felices de un pasado de libertad individual y predominio de la razón neoliberal.

Estos fragmentos hacen parte de la imaginación política hetero-normativa en algunas formas que quiero resaltar, sirviéndome de la noción de futurismo reproductivo. Las reflexiones que siguen son suscitadas por una pregunta surgida al observar el episodio: ¿por qué no es siquiera sugerida la posibilidad de que Defred escape asfixiando a la niña o huya dejándola en la casa merodeada por la loba? Trataré de exponer cómo la conversión del problema político de la reproducción a la cuestión de la maternidad deseada está ligada a la permanencia en un axioma incuestionado del capital: el Futuro y el Niño por nacer (Edelman, 2014).

Lee Edelman, en *No al Futuro* (2014), sostiene que la premisa de todo debate político consiste en la convicción de que las luchas están orientadas al Futuro y al bienestar de nuestros niños. Esta premisa se enmarca en una lógica mayor que Edelman llama *futurismo reproductivo*: una tendencia casi inevitable a colocar la figura del Niño como beneficiario fantasmático de toda intervención sobre el presente. La invocación del Niño lo que clausura es la queeridad, el universo de lo abyecto, ubicado psicoanalíticamente en el exterior constitutivo de la pulsión de muerte.

Como narrativa feminista hegemónica, la serie de televisión *El cuento de la criada* (Miller y Moss, 2017), condena y denuncia la violencia física y psicológica ejercida contra las cis-mujeres gestantes. Sin embargo, gran parte de las acciones y decisiones de sus personajes Criadas son guiadas por el deseo de preservar y maternar un Niño (Edelman, 2014) que encarna la promesa de un futuro mejor. La distopía feminista denuncia las instituciones de las sociedades disciplinarias, pero reproduce los dispositivos de la sociedad de control:

El “espacio estriado” de las instituciones de la sociedad disciplinaria cede el lugar al “espacio liso” de la sociedad de control. O, para retomar la bella imagen de Deleuze, los túneles estructurales del topo son reemplazados por las ondulaciones infinitas de la serpiente. Allí donde la sociedad disciplinaria forjaba moldes fijos, distintos, la sociedad de control funciona con las redes flexibles, modulables, “como un molde auto-deformante que cambia continuamente, de un instante a otro, o como un tamiz en el que las mallas cambian de un punto a otro” (Hardt, 2005, p. 151).

La maternidad obligatoria puede ser reproducida capilarmente mediante la apelación al deseo y la libertad individual articulados bajo un imperativo irrenunciable de futuro. Es en ese sentido que el futurismo reproductivo neoliberal conduce más a la fabricación social de hijxs hiperdeseados que a la violación sistematizada, totalitarista-religiosa, para la reproducción de la especie. Lxs hijxs encarnan el Niño figural de la promesa de futuro que “cuenta con el privilegio de reclamar todos los derechos de su cuota futura sobre el bien de la nación, aunque siempre a costa de limitar los derechos que se le otorgan a lxs ciudadanxs reales” (Edelman, 2014, p. 13). El episodio termina con Defred apuntando con una escopeta al cielo para pedir la ayuda del régimen que garantizará la supervivencia de su bebé.

Reflexiones finales: feminismo neoliberal y futurismo reproductivo

Escribí estas líneas con el propósito de delinear entradas posibles al análisis de unos fragmentos visuales que pueden ser pensados como imágenes de futuros feministas neoliberales. Para hacerlo me serví de categorías que tensionan y tensionaron la categoría de género en los debates feministas. Me detuve en la producción visual de la maternidad deseada para señalar algunas paradojas que pueden advertirse en el análisis de la circulación de emociones e imágenes. Hice hincapié en cómo, sobre un mismo aspecto problemático (maternidad), los feminismos pueden orientarse tanto a la propagación de ejercicios críticos que reintroduzcan cierta noción de comunidad basada en el reconocimiento de las opresiones de clase, raza y sexo como a la proliferación de estados de individualismo e hiperconsumo fundados en los principios ilustrados y la igualdad formal de género. La maternidad deseada puede componer junto al policonsumo amoroso, las políticas gayfriendly, el ambientalismo feminista antitóxico y homonacionalismo, tecnologías de *pinkwashing* o *purplewashing* (Vasallo, 2016) capitalista que funcionen sobre la apropiación del cuerpo de las cis y trans mujeres racializadas, empobrecidas y migradas.

En Gilead las mujeres cis gestantes y no-gestantes son coaccionadas por medio del uso de la violencia física y psicológica para ocupar su posición de clase social. Sabemos, *eso está mal*. En el capitalismo neoliberal lo único que puede movernos es el deseo: todo puede ser hecho, menos aplazarlo, interrumpirlo, gestionarlo. Gilead es una sociedad disciplinaria, pero la serie de Miller se inscribe en las tecnologías de subjetivación de las sociedades de control: autovigilancia, gobierno de las conductas, producción de deseo. La narrativa repite el gesto característico del feminismo neoliberal: la desvinculación entre régimen de producción y deseo. “Por el contrario, el deseo tiene infinitas posibilidades de montaje. El deseo (...) como toda máquina, también puede paralizarse, bloquearse, incluso más que cualquier máquina técnica” (Guattari y Rolnik, 2006, p. 282).

Las violencias contra las feminizadas son producidas y reproducidas capilarmente mediante la fetichización del deseo y la libertad individual. La tiranía del Niño y la maternidad deseada operan como formas de control social neoliberal frente a la figura queer de la antisocialidad (Edelman, 2014). A través de una distopía de crisis de reproducción (de la familia y de la especie) Miller explota el terror a los cuerpos abyectos anti-reproductivistas. No resulta sorprendente que la temporada culmine con un

acto heroico que redime a la Esposa (Serena): darle la hija a Defred para que tenga un *futuro mejor*. El escape de la Criada y la bebé se produce con la ayuda de las Marthas que usan el “Ferrocarril subterráneo”, una red clandestina que ayudó a los esclavos afroamericanos en el siglo XIX a escapar de las plantaciones del sur de Estados Unidos a estados libres o a Canadá. Defred y Serena, como las feministas sufragistas blancas, necesitaron de las luchas abolicionistas negras para alcanzarle a la bebé un futuro mejor. ¿Cómo termina la segunda temporada? A un salto de subirse al acoplado que podía permitirle escapar del régimen, Defred desiste y entrega la bebé a otra Criada —madre de un niño cis-varón— para cumplir con una promesa: recuperar también a Hannah, su primera hija.

La serie gira en torno a una pregunta que nos induce a un ejercicio imaginativo aterrador: ¿qué sucedería si fanáticos religiosos totalitaristas clausurasen nuestro deseo de emancipación sexual neoliberal y nos forzasen a tener sexo, parir, cocinar, limpiar, cuidar? La negación de la materialidad del sexo-género y de su colonialidad, necesaria para el sostenimiento de la distinción entre género (cultural) y sexo (biológico), nos sumerge en una narrativa donde la libertad es reproductiva y el deseo individual. Este imaginario se refuerza en la producción visual de Miller, a través de la activación de las emociones del terror y el miedo que nos seducen y nos invitan a suscribir las reivindicaciones igualitaristas (neo)liberales de la Mujer.

Bibliografía

- Ahmed, Sara (2018). *La promesa de la felicidad, una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Arruzza, Cinzia; Battacharya, Tithi y Fraser, Nancy (2019). *Manifiesto de un feminismo para el 99%*. Herder.
- Bersani, Leo (1998). *Homos*. Manantial.
- Bolten, Virginia (2018). *La voz de la mujer: periódico comunista-anárquico, 1896-1897*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Brown, Wendy (2017). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso.
- Carby, Hazel (1987). *Reconstructing Womanhood: The Emergence of the Afro-American Woman Novelist*. Oxford University Press.
- Chamayou, Grégoire (2016). *Teoría del drone*. Futuro Anterior Ediciones.
- Cleminson, Richard (2008). *Anarquismo y sexualidad en España, 1900-1939*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Comité Invisible (2014). *A nuestros amigos*. Anarquía es una Sinfonía.
- Davis, Ángela (2004). *Mujeres, raza y clase*. Akal.
- Edelman, Lee (2014). *No al Futuro, la teoría queer y la pulsión de muerte*. Egales.
- Falquet, Jules; Curiel, Ochy (comps.) (2005). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Brecha lésbica.
- Falquet, Jules (2017a). *Pax neoliberalia: perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia contra las mujeres*. Madreselva.
- Falquet, Jules (2017b). Globalización neoliberal: la sombra de los complejos militar-industriales sobre las “mujeres globales”. En: *Luchas de mujeres, una palanca para la transformación social*. Ritmo.
- Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpos y acumulación originaria*. Traficantes de sueños.
- Federici, Silvia (2017). *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.
- Federici, Silvia (2018). *El patriarcado del salario, críticas feministas al marxismo*. Traficantes de sueños.

